

# *Las dos sombras*

*La oscuridad no existe, lo que llamamos oscuridad es la luz que no vemos.  
Henri Barbusse (1873-1935)*

Para las pocas personas que caminaban bajo la llovizna, ellos eran dos sombras que se recortaban contra las luces de los autos que acababan de detenerse por el semáforo en el cruce de la ancha avenida del Libertador en la esquina con Intendente Bullrich. Allí, a metros del puente del ferrocarril San Martín, los dos, que en la oscuridad de la noche lluviosa solo podían distinguirse uno del otro por la diferencia de altura, habían estado esperando su turno para intentar la aventura del cruce hasta que el semáforo mostrara el hombrecito con esa luz entre verde y blanca que les daba paso durante un tiempo que esperaban fuera suficiente.

—No me pidas que me apure, mis huesos no son los mismos que cuando tenía tu edad —dijo una de las sombras.

—Viejo, si no llegamos al otro lado antes que arranquen los autos, nos van a aplastar, ¿sabés? Y yo no me voy a quedar parada al lado tuyo por los veinte mangos que me ofreciste para que te ayude a cruzar. Te juro que si la luz se pone en verde para los autos, me rajo y te dejo solo —le contestó la otra sombra.

—Bueno, no me grites tanto y caminemos —dijo el primero mirando primero a su guía y luego hacia la lejana vereda opuesta, tratando, sin mucho éxito, de acelerar el paso al ver que en el hombrecito había desaparecido para dejar paso a una cuenta hacia atrás desde el veintitantos hacia el fatídico cero en que no menos de treinta autos alineados detrás del cruce cebra, se lanzarían en la carrera habitual para llegar primeros al siguiente semáforo.

—Con la guita que debés tener, podrías pagarte una enfermera que te saque a pasear y te ayude, así no tenés que esperar que aparezca la primera pendeja con cara de necesitar plata que encuentres en la esquina —volvió a refunfuñar la sombra baja mientras tiraba de la manga del impermeable de su escoltado para apurarlo.

Solo les faltaban unos metros para completar el cruce cuando los vehículos que estaban detenidos arrancaron simultáneamente y la avenida se convirtió en una pista de carreras.

Por detrás de los dos personajes, una camioneta 4x4 que al partir parecía querer arrollarlos, los esquivó sin disminuir la velocidad mientras que el conductor, por la ventanilla abierta gritaba:

—¡Seguí cruzando así y no vas a llegar a los veinte años, boba!

La chica, rápida de reflejos, se dio vuelta y le respondió a toda voz:

—¡Y vos ni a la esquina vas a llegar manejando así, jueputa!

Subieron a la vereda agitados por el mal momento y se detuvieron a respirar.

—Bueno, ¿ahora me das la guita?

—¿Qué vas a hacer con ella? —le preguntó mientras sacaba una hermosa billetera de cuero del bolsillo interior de su saco.

—No sé, me voy a comprar algo para comer.

Se miraron durante un instante hasta que la figura más alta dijo tímidamente:

—¿No querés comer un *sandwich* conmigo?

—¿Y por qué esa invitación? —le dijo la chica mirándolo con desconfianza— ¿Te vas a tirar un lance conmigo? Mirá que no transo con viejos.

—No, nada de eso, —contestó el hombre sonrojándose y esperando que en la penumbra no se viera esa reacción que sintió infantil— la verdad es que vivo en un departamento muy grande, y pese a que tiene todos los lujos que pudiera pedir, estoy solo y a veces ni siquiera ceno para no extrañar a mi compañera que se fue hace cinco años. Estar acompañado tomando algo en una confitería, es algo diferente en mis días, me gustaría poder hacerlo si no te incomoda.

—Bueno dale, —le contestó, no sin algo de reticencia— ¿pero no te va a dar vergüenza entrar conmigo, con las pilchas que tengo puestas? Están arrugadas y sucias porque hace días que no me pongo otras. —¿Vergüenza por tu ropa? Nada de eso. Mirá, yo ahora estoy jubilado, pero hace muchos años fui profesor en escuelas en las afueras de la ciudad. Allí los alumnos eran muy humildes y se vestían como podían, aunque ponían mucho empeño en aprender y salir adelante. Yo, que venía de una familia con dinero, me ponía ropa usada también así no sentían rechazo hacia alguien que podía parecerles muy diferente y que trataba de educarlos. Intentaba ser reconocido por lo que hacía y que el hecho de tener plata no nos separara.

La chica lo miró con cara de sorpresa mientras el hombre seguía hablando:

—¿Sabés? Cuando era más joven, este cruce lo hacía corriendo, no había semáforos entonces, pero los autos eran igual de peligrosos.

—Al menos llegaste a cruzar la vida bien, no te quejes. —la voz había cambiado de aquella con que había insultado al conductor del vehículo— Ojalá yo también pueda hacerlo.

Esta vez fue la sombra alta quien miró a la más baja vislumbrando un dejo de tristeza en su rostro, que duró hasta que ella le regaló una sonrisa pícaro como para cambiar de tema y le dijo:

—Vamos entonces, hace algo de frío. ¿Puedo pedir un tostado?

—¡Claro que sí! Yo pido otro entonces —esta vez el hombre había tratado de imitar la sonrisa que la chica le había regalado.

A pocos metros de la esquina encontraron un lugar cálido y simpático en el que solo había un par de mesas ocupadas. Los que estaban sentados en ellas los miraron con curiosidad durante unos segundos, pero en seguida perdieron interés y siguieron en lo suyo.

—¿Viste? —dijo el hombre, que ahora, con la luz del local le pareció a la chica más apuesto de lo que había imaginado— Ni nos prestaron atención. Al fin y al cabo todos somos apenas una sombra que pasa por la vida de aquellos que cruzamos en la calle y en un segundo somos olvidados.

Se sentaron junto a la ventana, comieron dos tostados cada uno y hablaron durante más de una hora. Se contaron sus historias y de vez en cuando se rieron. Cuando terminaron, él pagó y salieron de nuevo a la calle que aún estaba húmeda, aunque la llovizna parecía haber cedido paso a un viento frío que venía del sur y que, seguramente, pronto despejaría el cielo.

El hombre llevó su mano al bolsillo, pero la chica sacudió la cabeza para indicarle que no hacía falta.

—Me pagaste con los tostados, el café y, sobre todo, con las veces que me hiciste sonreír, es más de lo que hubiera comprado con los veinte pesos —le dijo mientras le daba la mano para despedirse, aunque un instante después se arrepintió y se acercó alzándose en puntas de pie para besarlo en la mejilla.

En seguida, dio media vuelta y se fue caminando en dirección al Monumento a los Españoles, con las manos en el bolsillo del *jean* y el cuello encogido tratando de abrigarse sumergiéndose lo más que podía dentro de la campera.

El anciano se quedó mirándola alejarse durante unos segundos.

—¡Esperá! ¿Cómo te llamás? No te lo pregunté.

La chica se dio vuelta sin detenerse y con una sonrisa le dijo en voz alta: —Marisa, ¿y vos?

Él le respondió, pero ya estaban lejos y su garganta no le permitía gritar. No supo si ella lo había escuchado, aunque la vio asentir con la cabeza mientras volvía a darle la espalda y cada uno seguía su camino, la sombra alta hacia el norte, la sombra baja hacia el sur.

Durante las horas que siguieron, ambos percibieron un aire nuevo que penetraba en sus pulmones, y no era por el frío. Los dos sentían que en ese momento no eran una sombra, ese rato juntos les había dado algo de luz que quizás duraría hasta la mañana.